

Conflictos en los músicos

Por ENRIQUE GUARNER

El crítico Harold Schoenberg en su libro «The lives of the great composers» describe la psicosis de Hugo Wolf de la siguiente manera: «Después del escaso éxito en Mannheim de su ópera "El Corregidor", Wolf perdió la razón. Persistía con la idea delirante de que lo habían nombrado director de la Ópera de Viena y recorría la ciudad asegurando que Mahler había sido cesado y que él ocuparía su puesto para reorganizar la compañía. Hugo Wolf se presentó en la casa del cantante Hermann Winkelmann y le pidió su colaboración, pero el tenor abandonó la sala y nunca regresó, provocando la furia del compositor, quien exclamó: "Sufrirás las consecuencias de no prestar atención a tu nuevo jefe". Pronto sus amigos le huían, pero Wolf pensaba que ahora le tenían envidia, porque le sonreía el éxito».

«Finalmente llegó el carruaje que lo conduciría al manicomio, pero pensó que era el intendente de la ópera, el príncipe Lichtenstein quien lo llamaba a su lado y se vistió elegantemente para comparecer ante él. Desde el hospital escribía detallados reportes sobre las óperas que iba a representar y persistió en la composición de su "Manuel Venegas", de la cual solamente existen fragmentos».

«Cuando salió del manicomio, Wolf intentó ahogarse arrojándose al Danubio y volvió a ser internado, falleciendo el 22 de febrero de 1903.

Aunque no quisiera competir con don Ricardo Rondón, haré en este breve artículo algunos señalamientos psicológicos en el terreno musical. En primer lugar todos sabemos que cualquier acto creativo implica el uso del proceso inconsciente por parte del artista. Es así como el escritor expresa por medio de la palabra aquello que se encuentra sumergido en lo más profundo de su mente. El pintor o el escultor realizan lo mismo valiéndose de sus manos y el músico lo hace a través de las combinaciones de los sonidos.

La música constituye la experiencia más completa de la temporalidad que es accesible al hombre. Una melodía se desarrolla al combinar diferentes notas entre sí; la armonía se basa en la reproducción melódica dominante y el contrapunto no es otra cosa que la superposición de varias melodías cada una de las cuales podría existir separadamente. Sin embargo, a pesar de que los fenómenos anteriores así como el tiempo son propiedades específicas de la conciencia, podemos asegurar que la música que tiene éxito y persiste en nuestra mente es aquella que penetra al inconsciente del que la escucha. Esto se produce porque nuestras emociones se conectan con el estímulo sonoro. A veces lo anterior sucede de una manera calmada y hasta podríamos decir abstracta, como una réplica ante una fuga de Bach, o bien provocándonos sensaciones delicadas al oír un concierto de Mozart o explosivas frente a una sinfonía de Beethoven. Asimismo podemos sentir en el jazz o la música tropical el resplandor orgiástico, o bien puede surgir nuestra agresión como nos acontece con una marcha militar.

La locura en los músicos

En realidad la música es un arte indefinible, puesto que consiste en la combinación de sonidos organizados rítmicamente con propósitos expresivos, los cuales para aparecer ante nosotros requieren de intermediarios, o sea, de intérpretes. El compositor solamente escribe una serie de notas en páginas impresas con pentagramas. Es decir, que al contrario del escritor o el pintor, que utilizan instrumentos viendo el resultado, el músico tiene que escuchar las melodías en su cerebro sufriendo la tortura de los ruidos externos.

Tal vez ésta sea una de las principales razones por las que se han dado entre los grandes compositores tantos casos de psicosis. Al iniciar este artículo relaté la de Hugo Wolf, pero también Robert Schuman pasó por un episodio similar cuando a partir de 1852 sufrió alucinaciones en las cuales unos ángeles le dictaban sus melodías, mientras aparecían hienas que lo enviaban al infierno. El 27 de febrero de ese mismo año Schuman intentó suicidarse tirándose desde un puente del Rin. Finalmente se le internó en un manicomio, donde falleció tres años después.

El compositor checoslovaco Bedrich Smetana también padeció una psicosis con bases orgánicas. La demencia se desarrolló a partir de una sordera coclear, pérdida de la memoria y un cuadro melancólico que se inició en 1884.

Igual sucedió con el compositor italiano Gaetano Donizetti, quien sufría alucinaciones y depresión. El músico francés Henri Duparc, quien antes de los veinte años había matizado con su enorme inspiración catorce bellísimas canciones, se psicotizó en 1885 y jamás compuso ninguna, a pesar de que vivió hasta 1935.

Un caso de histeria que raya en la locura es el del compositor Héctor Berlioz, quien a los 14 años se enamoró perdidamente de una bailarina que llevaba zapatillas color de rosa. Posteriormente amó con vehemencia a la actriz irlandesa Harriet Smithson, a la que bombardeaba con proposiciones matrimoniales, llegando a amenazarla de que si no obtenía su cariño se suicidaría. Finalmente logró su propósito casándose con ella, para abandonarla meses después porque se había enamorado de una soprano. Como resultado, Harriet murió de decepción y entonces Berlioz volvió todos sus pensamientos hacia la bailarina de las zapatillas rosas, a la que encontró en Ginebra cuando era viuda. A ella le divirtió el amor del músico, dado que ya era abuela. Lo único que le concedió fue el que se hiciera padrino de uno de sus nietos.

Neurosis en los músicos

Podría afirmarse que casi todos los grandes compositores han sufrido episodios neuróticos y será difícil descartar aquellos menos afectados. Entre los más famosos, Mozart fue un caso de regresión infantil, fobia a los ruidos y conducta irresponsable respecto al dinero. Era hiperquinético y su fantasía desbordaba a la realidad.

Beethoven, como sus sinfonías, resultaba explosivo y experimentaba severos problemas sexuales. Se dejó manejar por su sobrino, quien arruinó el final de su vida.

Tchakovsky sufrió con su homosexualidad, a la que quería mantener latente. Temía a las personas y a las tormentas, reclusándose a lo largo de meses. Después de un fracaso matrimonial intentó suicidarse.

Alexander Scriabin, que nunca fuera internado en un sanatorio, era un megalómano. Su obra final se intitulaba «Misterios» y resultaba una combinación de música, poesía, drama, danza y haría emanar perfumes desde el escenario. Insistió en que fuera representada en un templo hindú.

El gran compositor brasileño Héctor Villalobos padecía de insomnio y era capaz de tocar el piano, dirigir una orquesta o hablar a lo largo de quince horas sin fatigarse.

Entre los compositores alcohólicos cabe citar a Modesto Moussorgsky, Erik Satie y Silvestre Revueltas.

Innumerables han sido los músicos con obsesiones. Cabe citar aquí a Wagner y sus habitaciones acolchadas y ropas extravagantes, o Debussy, quien necesitaba un cuarto verde y varios gatos antes de componer.

Entre los intérpretes, Enrico Caruso pasaba por un largo ritual antes de cantar alguna ópera. Este se iniciaba con fumarse un cigarrillo colocado en larga boquilla. Posteriormente se lavaba la boca y garganta con agua salada y a continuación tomaba una pizca de rapé sueco para despejar las fosas nasales. Entonces se bebía un vaso de whiskey, comiéndose un cuarto de manzana. Al salir del camerino siempre portaba sus amuletos que incluían un cuerno de coral y sus medallas sagradas. Finalmente invocaba a su madre y después a Dios.

El caso de Caruso no es el único, puesto que Luisa Tetrazini hacía caer al suelo tres veces un puñal afilado. La Donalba se arrancaba dos botones y Zenatello siempre portaba consigo una pata de liebre.

Por último debo señalar que dos músicos modernos han estado en psicoanálisis. Ellos fueron Sergio Rachmaninoff, quien dedicó el segundo concierto para piano a su teapeuta, y George Gershwin, que fuera tratado en Nueva York por Gregory Zilboorg y más tarde en Hollywood por George Simmel, que desafortunadamente fue el que descubrió que el compositor norteamericano sufría de un tumor cerebral. Nijinsky resultó rechazado por varios terapeutas, entre otros Freud, porque su esquizofrenia era ya procesal. En cambio el compositor y director de la Ópera de Viena Gustav Mahler, estuvo un largo día con Sigmund Freud con el objeto de romper con la impotencia que sufría. El creador del Psicoanálisis le hizo ver su situación edípica y el célebre músico resolvió parcialmente su problema.

